

Capítulo 1

*H*umm. —Peter Edgeworth, vizconde de Whitleaf, arrugó el ceño mientras doblaba la carta que acababa de leer y la depositaba boca abajo junto a su plato de desayuno.

John Raycroft, sentado en el otro extremo de la mesa, bajó el periódico matutino frente a su rostro y arqueó las cejas.

—¿Malas noticias?

Peter suspiró de forma audible.

—Tenía ganas de regresar a casa —dijo—, aunque he disfrutado mucho durante estas dos semanas que he pasado aquí contigo y tu familia y lamento tener que irme cuando toda la vecindad se ha mostrado tan hospitalaria conmigo. Por extraño que parezca, estaba impaciente por regresar. Pero cometí el error de comunicar a mi madre mis intenciones, y ha organizado una gran fiesta de bienvenida para mí. Ha invitado a un grupo de personas a pasar unas semanas en casa, incluyendo a la señorita Rose Larchwell, quienquiera que sea esa mujer. Nunca había oído hablar de ella. ¿Y tú? Te aseguro, Raycroft, que no tiene nada de divertido.

Pero sus protestas llegaron demasiado tarde. John Raycroft se echó a reír mientras dejaba el periódico y prestaba toda su atención a su amigo. Estaban solos en la habitación, pues el resto de la familia había desayunado hacía un rato mientras ellos daban un paseo a caballo.

—Está claro que tu madre quiere casarte —dijo John—. Lo cual

no tiene nada de extraño, Whitleaf, dado que eres su único hijo y vas camino de los treinta.

—Sólo tengo veintiséis años —protestó Peter, arrugando de nuevo el ceño.

—Y cinco más que la última vez que tu madre intentó algo similar y fracasó —le recordó Raycroft sin dejar de sonreír—. Sin duda piensa que ha llegado el momento de intentarlo de nuevo. Pero siempre puedes negarte, como hiciste la última vez.

—Humm —volvió a decir Peter, que no compartía el regocijo de su amigo. Ése era un episodio en su vida que no tenía nada de cómico. Había escandalizado a los distinguidos miembros de la alta sociedad, los cuales opinaban que estando como estaba a punto de comprometerse con Bertha Grantham no podía retirarse de forma honrosa, aunque no se había producido ningún anuncio oficial. Y los miembros más jóvenes de la buena sociedad le consideraban un tipo admirable por haberse atrevido a desairar a la flor y nata, eludiendo los grilletes del matrimonio en el último momento.

Maldita sea, no había sido nada divertido. A la sazón Peter había tenido veintiún años, era inocente como un bebé y seguía el rumbo en su vida que su familia y sus tutores le habían marcado. ¡Santo cielo, si hasta se había enamorado de Bertha, tal como se esperaba de él! Ni siquiera se había dado cuenta de que tenía agallas hasta que el susto le había obligado a sacarlas a relucir y poner fin a un cuasi compromiso de forma más que patosa y pública. Durante un buen rato a raíz de ese episodio sus agallas se habían resentido, aunque había vuelto a sacarlas a relucir una hora más tarde al echar a sus tíos —y ex tutores— con cajas destempladas, declarando que puesto que había alcanzado la mayoría de edad ya no les necesitaba, agradeciéndoles sus desvelos con él. Aunque no estaba muy seguro de haberles dado las gracias.

—Lo malo —dijo— es que seguramente esa chica se habrá hecho ilusiones, o en todo caso su madre, por no hablar de su padre, sus hermanos, sus abuelos y sus primos. ¡Cielo santo!

—Es posible —dijo John Raycroft— que te guste, Whitleaf. Quizá sea tan atractiva como promete su nombre.

Peter torció el gesto.

—Es posible —respondió—. Las mujeres me gustan en general. Pero no se trata de eso. No tengo intención de casarme con ella, ni con ninguna mujer que no elija yo mismo, aunque sea tan bella como un millar de rosas. De modo que me veré en la complicada situación de tener que mostrarme cortés y amable con ella sin dar la impresión de que la estoy cortejando. Pero el resto de asistentes a esta infernal fiesta de bienvenida sabrán muy bien por qué ha sido invitada, pues mi madre se ocupará de ello. Te agradecería que borraras esa sonrisita de tu rostro, Raycroft.

John Raycroft volvió a soltar una carcajada mientras arrojaba su servilleta sobre el periódico.

—Lo lamento sinceramente, amigo —dijo—. Es muy molesto ser rico, noble y un buen partido, y saber desde la tierna edad de veintiún años que eres un rompecorazones. Ese dato, como es natural, no hace sino incrementar tu atractivo, al menos en lo referente al sexo débil. Pero más pronto o más tarde tendrás que casarte. Es una de las obligaciones de tu rango. De modo que más vale hacerlo pronto que tarde.

—¿Y por qué no tarde? —se apresuró a contestar Peter, tomando su cuchillo y tenedor y atacando lo que quedaba de sus huevos con jamón—. No soy como tú, Raycroft. No puedo mirar a una mujer a través de un salón de baile atestado de gente una noche, comprender que es el único amor de mi vida, hacerle la corte durante todo un año, sin mirar siquiera a otra mujer, y conformarme con comprometerme con ella y esperar otro año mientras la chica emprende una gira por Europa.

—Fue a Viena, para ser precisos —apuntó su amigo—. Con sus padres, que hacía tiempo que habían planeado hacerle ese regalo. Y no ha sido todo un año, Whitleaf. Regresarán en primavera. Nos casaremos antes de que termine el verano. Y el día menos pensado

comprenderás por qué yo estaba dispuesto a esperar tres veces en caso necesario. Tu problema es que no sabes discriminar. Te basta mirar a una mujer para enamorarte de ella. Te enamoras de todas, y por tanto de ninguna.

—Cuantas más, menos peligro. —Peter no pudo por menos de sonreír—. Pero te aseguro, Raycroft, que no me enamoro de las mujeres. Me gustan, esto es todo.

Era cierto, quizá por suerte para él. Era sólo del amor o de cualquier otro sentimiento profundo que procuraba zafarse. Pero el hecho de que las mujeres le gustasen —y la gente en general— le había evitado pasar de ser un inocente bebé a un cínico en el plazo de un espantoso día.

Su amigo meneó la cabeza.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Raycroft indicando la carta con la cabeza—. ¿Regresar a casa y aterrizar en medio de la fiesta casamentera que tu madre ha organizado, o quedarte aquí, en Hareford House? ¿Por qué no recapacitas y en lugar de irte mañana te quedas todo el mes, tal como tenías pensado? Escribe a tu madre diciéndole que me contraría que hayas decidido acortar tu visita. Dile que mi madre se ha llevado un gran disgusto. Dile que te sientes obligado a quedarte para asistir a la fiesta del pueblo que se celebrará dentro de dos semanas. Ninguno de esos eventos es mentira. De hecho, la vecindad probablemente se pondrá de luto si no asistes a la fiesta. Quizás incluso la anulen por falta de interés. Menos mal que estoy comprometido con Alice y seguro de su amor. El estar contigo basta para sumir a cualquier tipo soltero y sin compromiso en un abatimiento mortal. Para las mujeres no existe otro varón cuando tú te encuentras en un radio de veinte kilómetros.

Peter se rió, aunque aún no había logrado animarse.

Lo cierto es que después de vagar durante cinco años de un lado a otro sin otra cosa que su limitada sabiduría para guiarle, llevando la existencia vacía y sin sentido del típico joven de la alta sociedad, por fin había tomado algunas decisiones firmes sobre su futuro.

Había llegado el momento de regresar a Sidley Park. Durante cinco años sólo había hecho unas breves visitas a su casa antes de retornar a su vida en Londres, Brighton o uno de los balnearios.

Había llegado el momento de empuñar las riendas de su vida y su propiedad y las responsabilidades que comportaba su estatus social.

Dicho de otro modo, había llegado el momento de madurar y comportarse como el hombre que le habían educado para que fuera, y el hombre que siempre había soñado ser, aunque ese sueño se hubiera visto interrumpido durante demasiado tiempo. Peter había crecido sintiendo un gran cariño por Sidley, sabiendo que era suyo y lo había sido desde la muerte de su padre, acaecida cuando él tenía tres años.

Los placeres vanos no le satisfacían, como había comprendido durante la temporada social en Londres este año. Ni tampoco las aventuras sentimentales, aunque había tenido bastantes. Había malgastado cinco años de su vida. Aunque en realidad no los había malgastado del todo, pensó. Había aprendido a valerse por sí mismo aunque todavía no se sentía tan seguro como hubiera deseado. Y había aprendido a tener presente todo cuanto le había enseñado su amorosa madre y sus cinco hermanas, así como sus numerosos y estrictos tutores: decidir lo que era importante y lo que debía rechazar de forma permanente.

Esos tutores, y sobre todo su madre, le habían decepcionado profundamente hacía cinco años. Pero básicamente, como había comprendido, le habían proporcionado una sólida educación. Había llegado el momento de dejar de autocompadecerse y castigarse a sí mismo y a ellos, y convertirse en la persona que deseaba ser. Nadie podía hacerlo salvo él mismo.

La decisión de asumir por fin el control de su vida le había proporcionado una enorme satisfacción.

Desde luego, había prometido pasar un mes en Hareford House con Raycroft cuando terminara la temporada en Londres, y había

decidido cumplir esa promesa y luego regresar a su casa. Pero el afecto que unía a los miembros de la familia Raycroft, el calor del trato que se dispensaban entre sí y a sus amigos y vecinos, no había hecho sino reforzar su determinación y su anhelo de ser el dueño y señor de su casa. De modo que al cabo de dos semanas había decidido acortar su visita y regresar a Sidley Park. Era fines de agosto y no tardaría en comenzar la cosecha. Anhelaba estar de regreso en casa para esas fechas y quedarse allí.

Pero la carta de su madre había empañado sus sueños. Le indignaba que ésta demostrara estar tan poco afectada por los acontecimientos ocurridos hacía cinco años. O quizá trataba simplemente de hacer las paces con él de la única forma que sabía. El sueño de su madre era verlo echar raíces, con una esposa y varios hijos.

La aparición en la habitación de desayuno de la señorita Rosamond Raycroft, la hermana menor de John, una joven de mejillas sonrosadas, ojos luminosos y un aspecto muy atractivo después de haber pasado una hora en el jardín recogiendo flores para su madre, les interrumpió antes de que Peter pudiera responder a la invitación de su amigo. Miró a la joven con afectuosa admiración cuando ésta besó a su hermano en la mejilla y luego se volvió hacia él, haciendo un deliberado mohín. Peter se levantó para acercarle una silla.

—Estoy muy enojada con usted —dijo Rosamond al sentarse—. Podría haberse quedado unos días más.

—Me parte usted el corazón —contestó Peter sentándose de nuevo en su silla—. Pero yo no estoy enojado con usted. De hecho, quiero pedirle un favor, puesto que su belleza me deslumbra y me habría quitado el apetito de no haber comido ya. Le ruego humildemente, señorita Raycroft, que me reserve el primer baile en la próxima fiesta del pueblo.

El falso mohín de disgusto desapareció, sustituido por una expresión de juvenil entusiasmo.

—¿Ha decidido quedarse? —preguntó la joven—. ¿Asistirá a la fiesta?

—¿Cómo podría resistirme? —respondió Peter llevándose la mano derecha al corazón y mirándola con una expresión llena de sentimiento—. No debería haber salido esta mañana, pues el sol y el aire puro han mejorado más aún si cabe su cutis perfecto. Debí aparecer pálida y demacrada, vestida con sus ropas más viejas y andrajosas. Pero me temo que incluso así su belleza me habría parecido irresistible.

Rosamond se rió.

—De modo que va a quedarse —dijo—. Lo cierto es que llevo mi vestido más viejo y andrajoso, bobo. Me alegro de que se quede. Sabía que me tomaba el pelo cuando insistió en que tenía que partir mañana. Por supuesto que bailaré con usted. No imagina qué pocos caballeros jóvenes asisten a las fiestas, lord Whitleaf. Y muchos de los que asisten se pasan toda la velada jugando a las cartas u observando a los demás, como si bailar fuera a matarles.

—Es probable que les matara, Ros —terció su hermano—. Bailar exige un gran esfuerzo.

—Las Calvert se morirán de envidia cuando sepan que tengo el primer baile comprometido, y nada menos que con el vizconde de Whitleaf —prosiguió la señorita Raycroft, palmoteando de gozo—. Iré a decírselo esta mañana. Prometí ir a verlas para dar juntas un paseo. Deberías pedir a Gertrude que te reservara el primer baile, John. Sabes que mamá y la señora Calvert esperan que lo hagas, aunque estés prometido con Alice Hickmore. Y Gertrude se sentirá muy aliviada. Si ha prometido bailar con usted no podrá hacerlo con el pobre señor Finn, que nació con dos pies izquierdos, ambos exageradamente grandes.

Peter sonrió.

—Iré contigo y se lo pediré ahora —respondió John con tono jovial—. Finn es un magnífico granjero, Ros. Y capaz de matar a un reyezuelo de un tiro entre los ojos a cien metros de distancia. No es justo esperar que sea también un consumado bailarín.

—¿Matar a un reyezuelo? —La señorita Raycroft se detuvo con

la mano extendida hacia la bandeja de las tostadas y expresión horrorizada—. Qué idea tan horrible. Espero que no me pida que baile con él.

—Hablabas en sentido figurado —le aclaró su hermano—. ¿De qué sirve cazar reyezuelos? Nadie querría comérselos.

—Nadie tiene ningún motivo para cazar reyezuelos —aseguró Peter a la joven al tiempo que se levantaba—. Son unos pájaros encantadores y preciosos. Yo también la acompañaré en su paseo, señorita Raycroft, si me lo permite. El tiempo y la campiña bastarían para tentarme a salir, pero aunque lloviera, hiciera frío y soplara un vendaval, su compañía sería irresistible.

La joven aceptó el exagerado cumplido con sonrisa alegre y ojos chispeantes. Tenía diecisiete años, aún no se había puesto de largo y sabía tan bien como los demás que Peter no se sentía cautivado por sus encantos, ni por los de ninguna amiga de ella. No se habría atrevido a coquetear con ella de existir la menor probabilidad de que la joven interpretara erróneamente sus intenciones; su hermano era su mejor amigo y se alojaba en casa de sus padres.

—Subiré a cambiarme y lavarme la cara y las manos —dijo Rosamond levantándose de nuevo, olvidándose de las tostadas—. Estaré lista en quince minutos.

—Procura que sean diez, Ros —dijo su hermano suspirando—. A mí me parece que tienes un aspecto más que presentable.

Peter miró a la joven, que parecía consternada, y le guiñó el ojo.

—Vaya a ponerse aún más guapa, suponiendo que sea posible —dijo—. La esperaremos aunque tarde veinte minutos.

Al parecer, se lamentó Peter en su fuero interno, el asunto estaba decidido. No regresaría a casa. Al menos, aún no.

Una hora más tarde el vizconde de Whitleaf reflexionaba sobre la singular desventaja de poseer sólo dos brazos cuando sería más con-

veniente tener tres o cuatro. Daba el brazo derecho a la señorita Raycroft y el izquierdo a la mayor de las hermanas Calvert, mientras que la señorita Jane Calvert y la señorita Mary Calvert coque-teaban con él y giraban a su alrededor como unas deliciosas y pintorescas aves, parloteando y riendo, y John Raycroft caminaba junto a ellos, moviendo los brazos con energía y alzando la cara al sol y al cielo cuando no sonreía con gesto jovial mientras contemplaba a su alrededor la campiña a fines de verano y comentaba que la cosecha este año sería sin duda excelente.

Peter confiaba también en que fuera excelente en sus explotaciones agrícolas en Sidley Park. Tras pensar en ello, ansiando estar allí para la recolección, para recorrer los campos vestido con unos viejos calzones y unas botas de campaña, estar con sus jornaleros, quitarse la chaqueta, arremangarse las mangas de la camisa y trabajar junto a ellos, sintiendo el sudor del trabajo honrado resbalándole por la espalda. En suma, hacer todas esas cosas que no le habían permitido hacer de jovencito y que había hecho sólo un maravilloso año, cuando había cumplido los veinte y estaba impaciente por alcanzar su mayoría de edad.

Maldita sea, ¿por qué había comunicado a su madre que pensaba ir este año? ¿Por qué no se había presentado sin anunciar su llegada?

Peter suspiró, pero casi al instante recobró su buen humor cuando pensó de nuevo en el presente.

La señorita Calvert era una bonita joven aunque no tuviera los deliciosos hoyuelos de su hermana menor, la señorita Jane Calvert, o los ojos profundamente azules de su hermana más joven, la señorita Mary Calvert. Las tres hermanas tenían fama en la comarca de ser muy bellas. Aunque también llamarían la atención en un lugar como Londres, y probablemente harían unas bodas ventajosas aunque no tuvieran una dote.

—Debe quedarse dos semanas más, lord Whitleaf —le exhortó la señorita Mary Calvert, volviéndose para mirarlo y dando unos

apresurados pasitos hacia atrás para mantenerse delante de él y de sus hermanas—. Habrá un baile en los salones de celebraciones, y nos gustaría mucho que asistiera.

Las cintas azules debajo de su mentón y las que lucía debajo del pecho —cuyo color era exacto al de sus ojos— se agitaban al tiempo que caminaba, y sus rizos rubios se movían debajo del ala de su sombrero. Debajo del oscilante borde de su vestido de algodón asomaban unos esbeltos tobillos. Era realmente muy bonita.

—¿De veras? —respondió él con un exagerado suspiro. Sonrió a cada una de las damas y pensó en lo agradable que era la mañana y la suerte que tenía de gozar de tan encantadora compañía, aunque habría preferido prepararse para regresar mañana a casa—. Debo decir que es una tentación irresistible.

Pero la señorita Raycroft no estaba dispuesta a renunciar a ser ella quien hiciera el importante anuncio.

—El vizconde de Whitleaf ha decidido esta mañana quedarse —declaró—. Y me ha reservado el primer baile.

—No tuvo que emplear la fuerza para conseguirlo —les aseguró Peter mientras las señoritas Jane y Mary Calvert palmoteaban de gozo y la mayor de las hermanas Calvert le asía del brazo con más firmeza. Las tres sonrieron encantadas—. ¿Cómo no iba a quedarme cuando tendré el placer de bailar con cuatro damas tan bellas, suponiendo que logre convencerlas para que bailen conmigo?

Pero aunque estaba coqueteando con ellas —y todas eran conscientes de ello—, decía la verdad. Durante las dos últimas semanas había visto con frecuencia a los vecinos de los Raycroft, con los cuales simpatizaba, en especial con las muchachas jóvenes.

Un coro de alborozadas risas acogió sus últimas palabras.

—Confío en que la señorita Calvert me haga el honor de reservarme el segundo baile —dijo Peter—, la señorita Jane Calvert el tercero y la señorita Mary Calvert el cuarto. Es decir, si no es demasiado tarde y ya tienen comprometidos todos los bailes con los caballeros de la comarca. Lo cual no me sorprendería en absoluto.

Otro estallido de carcajadas acogió sus palabras, seguido de las promesas de las tres hermanas de que le reservarían sin falta los bailes solicitados.

—Como si eso fuese posible —comentó la señorita Mary Calvert con tono de guasa.

—Más vale que baile la primera contradanza conmigo, Gertrude —dijo John Raycroft con tono jovial y sin el menor tacto ni galantería—. Tengo entendido que la alternativa es Finn, y Ros me asegura que sería una suerte peor que la muerte.

Todas las jóvenes rieron de nuevo.

—Muy amable por su parte, John —respondió la señorita Calvert—. Se lo agradezco. El señor Finn es un hombre amable y formal y me cae muy bien. Pero confieso que no es un buen bailarín.

Peter comprendió que era cierto que a la joven le agradaba Finn y que éste se proponía hacer acopio de todo su valor durante el próximo año o los próximos diez años para declarársele.

—He oído de buena tinta —dijo mirándola con expresión risueña— que Finn es un magnífico granjero. Yo mismo he tenido más de una conversación con él sobre los cultivos, el ganado, el drenaje de los campos y otros temas similares, y me ha parecido un hombre muy entendido en la materia.

La señorita Calvert le miró sonriendo de satisfacción.

Siguieron caminando entre los verdes campos que empezaban a teñirse de dorado y los frondosos setos vivos cuajados de flores silvestres que se enredaban entre sí y cuyos correspondientes perfumes saturaban el aire, mientras las damas charlaban animadamente sobre la próxima fiesta.

Antes de agotar el tema llegaron a una bifurcación en el camino y John las interrumpió, señalando con su bastón el sendero a la derecha y explicando a Peter que si tomaban por él regresarían al pueblo por otra ruta, mientras que el de la izquierda conducía a Barclay Court, adonde el conde y la condesa de Edgecombe aún no habían regresado. Pero mientras hablaba, la señorita Calvert exclamó:

mó con grata sorpresa, y sus hermanas se volvieron y corrieron a saludar a dos damas que se dirigían hacia ellos a pie por el sendero de la izquierda.

—Es la condesa —explicó la señorita Calvert—. Han regresado a casa, John. ¡Cuánto me alegro!

Peter reconoció a la condesa de Edgecombe, pues el conde era un viejo conocido suyo. Siempre había admirado a esa dama, que era alta y morena y muy hermosa, y tenía la voz de soprano más maravillosa que él había oído jamás. Gozaba de gran prestigio en el mundo de la música y viajaba por toda Europa ofreciendo recitales ante nutridos públicos.

—Eso parece —respondió John Raycroft jovialmente—. ¡Magnífico!

Pero los ojos de Peter se habían posado en la acompañante de la condesa. Era una mujer joven, menuda y con una bonita figura. Debajo de su sombrero verde, un tono más oscuro que el de su vestido, Peter vio que tenía el pelo de un vivo e interesante color cobrizo. Su rostro era risueño y bonito, acorde con su espléndido cabello.

Era toda una belleza, y Peter la contempló con evidente admiración.

Pero mientras la miraba un extraño pensamiento se verbalizó con meridiana claridad en su mente.

Abí está ella, pensó.

Peter ignoraba a qué se refería su mente con esas tres palabras que parecían inocentes pero que de alguna forma resultaban inquietantes, pero no se detuvo a analizarlo. Siempre había admirado a las jóvenes bonitas con las que se encontraba. Siempre ansiaba conocerlas. Siempre estaba dispuesto a mostrarse cortés y encantador. Siempre estaba preparado para flirtear con ellas. Pero su corazón estaba bien protegido desde hacía cinco años contra todo sentimiento más profundo.

El pensamiento que se le acababa de ocurrir le había pillado desprevenido.

Abí está ella.

¡Cielo santo, como si fuera una parte de su alma que hubiera perdido hacía mucho tiempo!

De haber tenido tiempo de meditar en ello es posible que se hubiera sentido un tanto ridículo —por no decir preocupado— por su teatral y exagerada reacción ante una belleza desconocida.

Pero no se sentía así.

Ambos grupos se saludaron de forma efusiva cuando se encontraron en el cruce de caminos. Al parecer, todos se conocían entre sí excepto Peter y la joven que, como no tardó en averiguar, era la señorita Osbourne. Peter esperó a que alguien se la presentara. Tenía los ojos de color verde mar, según observó al detenerse a pocos pasos de ella. Formaban una maravillosa combinación con su cabello. Lucía un atuendo elegido con acierto a fin de poner de realce su colorido.

¡Dios, que hermosa era! ¿Cómo es que no la había visto antes? ¿Quién diantres era, aparte de llamarse señorita Osbourne?

—Lord Whitleaf —dijo la condesa—, permítame que le presente a la señorita Osbourne. Da clase en la Escuela para Niñas de la Señorita Martin en Bath, donde yo también trabajé de profesora antes de casarme con Lucius. Éste es el vizconde de Whitleaf, Susanna.

Susanna Osbourne. El nombre le sentaba de maravilla. Tenía unos ojos grandes y enmarcados por largas pestañas que sin duda constituían su mejor rasgo, aunque lo cierto era que Peter no observó la menor imperfección en ninguno de los otros.

La joven saludó con una reverencia. Después de que las señoritas Raycroft y Calvert se soltaran de sus brazos, Peter se inclinó elegantemente y dirigió a la señorita Osbourne su más cálida y seductora sonrisa.

—Señorita Osbourne —dijo—. De pronto este espléndido día estival se me antoja aún más cálido y alegre.

Las mujeres que le rodeaban rieron alegremente ante el exagera-

do cumplido. Salvo la señorita Osbourne. Y la cálida sonrisa que mostraba Peter desde que sus ojos se habían posado en las damas se enfrió considerablemente cuando ella le miró con... ¿Qué expresaban sus ojos? ¿Antipatía? ¿Desdén? Uno u otro de esos sentimientos.

—Milord —murmuró ella al saludarle antes de desviar la vista y sonreír afablemente a los demás.

—Qué suerte habernos encontrado con nuestros amigos poco después de salir de Barclay Court —comentó la condesa—. Lucius y yo llegamos ayer. Hemos traído con nosotros a Susanna desde Bath para que pase un par de semanas aquí antes de que se reanuden las clases en otoño, e íbamos a presentar nuestros respetos a algunos de nuestros vecinos. De hecho, pensábamos ir primero a Hareford House. Señor Raycroft, confiábamos en convencerlo de que regresara con nosotras para ver a Lucius, que esta mañana se ha encerrado en casa con el administrador de la finca. ¿Se aloja en Hareford House, lord Whitleaf? En tal caso venga también. Lucius estará encantado.

—Lord Whitleaf va a quedarse hasta después de la fiesta del pueblo que se celebrará dentro de dos semanas —declaró la señorita Mary Calvert con tono triunfante y jovial—. Bailará con cada una de nosotras, aunque no me hablo con Rosamond porque como tiene la ventaja de vivir en Hareford House bailará el primer baile con él mientras yo tendré que aguardar al cuarto, puesto que Gertrude y Jane son mayores que yo. Aunque Rosamond es dos semanas menor que yo. Le aseguro que es muy enojoso, lady Edgecombe.

Pero al decir eso la joven se rió para indicar que no se sentía gravemente ofendida y aprovechó el momento para acercarse apresuradamente a Peter y tomarle del brazo derecho. Alzó la vista y le miró sonriendo mientras la señorita Jane Calvert se apropiaba del izquierdo.

—¿Asistirán usted y lord Edgecombe y la señorita Osbourne? —preguntó la señorita Calvert a la condesa.

—¿A la fiesta? No sabía que iban a organizarla. Pero por supuesto que asistiremos —le aseguró a la condesa—. Será un placer. Gracias, señor Raycroft.

John ofreció un brazo a la condesa y el otro a la señorita Osbourne, quien lo aceptó con una cálida sonrisa.

Peter echó a andar tras ellos por el sendero junto con las cuatro damas restantes, las cuales se mostraban más animadas que antes por haberse encontrado con las otras, a las que hacían frecuentes comentarios y preguntas cuando no parloteaban entre sí o conversaban con él.

De modo que la señorita Susanna Osbourne era maestra de escuela, pensó Peter. En Bath. Ahora se explicaba que no la hubiera visto antes.

¡Qué juventud y deslumbrante belleza tan desaprovechadas! Probablemente también era inteligente e instruida.

Estaba claro que no era susceptible a los encantos masculinos y los cumplidos, al menos a los de él. Peter se dijo que debió tomar nota de la presentación de la condesa y haber evitado todo cumplido. En vez de ello debió haberlas deslumbrado a ambas con su inteligencia y erudición recitando los nombres de todas las flores silvestres que crecían en los setos vivos, preferiblemente por sus nombres en latín.

Quizás eso habría impresionado a la señorita Osbourne.

Claro está que Peter no conocía ninguna flor por su nombre en latín.

Escuela para Niñas de la Señorita Martin. Peter torció el gesto mentalmente al tiempo que se reía de una ocurrencia que acababa de soltar la señorita Jane Calvert.

Sonaba muy formal. Y ella daba clase allí.

Al igual que la típica maestra de escuela, esa joven carecía de todo sentido del humor.

Pero no, eso era injusto. ¿Qué diablos le había dicho él? ¿Algo acerca de que un espléndido día estival parecía más cálido y alegre

debido a su presencia? Peter se estremeció. ¡Santo cielo! ¿No podía habersele ocurrido algo más ingenioso? ¿Esperaba que ella se derriera de gratitud ante semejante cumplido?

A veces cometía unas meteduras de pata imperdonables.

Peter centró su atención en las dos damas que llevaba del brazo y las otras dos que se hallaban en su órbita y dedicó el resto de la mañana a flirtear con ellas con tono amable.

Observó que Raycroft y las damas de Barclay Court parecían mantener una conversación sensata, salvo cuando eran interrumpidos por una pregunta o un comentario formulados desde atrás.

Peter sintió cierta envidia. Casi nunca mantenía conversaciones sensatas con mujeres. En lugar de ello flirteaba con ellas, lo cual se había convertido en una costumbre. Pero no siempre había sido así. Recordaba haber mantenido unas interminables y serias charlas con Bertha sobre todos los temas que le fascinaban cuando estudiaba en la universidad y sobre religión, política y filosofía, hasta que advertía cierta expresión ausente en los ojos de la joven que indicaba un tremendo aburrimiento.